
LOS JESUITAS HUESPEDES MOLESTOS

Por: RODOLFO CARDENAL CHAMORRO, S.J.

Llegan los Jesuitas

Los jesuitas llegaron a Nicaragua expulsados de Guatemala por Justo R. Barrios. Los expulsados pensaban desembarcar en El Salvador, pero el gobierno del Mariscal Santiago González, también liberal, no se lo permitió. González había prometido al Superior, P. San Román, que si Barrios los expulsaba de Guatemala, él les daría asilo. Sin embargo, siguiendo una de las modas del S. XIX liberal a la hora de llegada no les permitió desembarcar. Los 68 jesuitas expulsados siguieron rumbo a Corinto donde sí les permitieron desembarcar el día 15 de Septiembre de 1871. De inmediato el P. Superior envió a dos de sus súbditos, P. Ignacio Taboada y P. Dionisio Sierra, a informar al Obispo de León y al Prefecto departamental.

En León los jesuitas expulsados fueron recibidos jubilosamente por la población. Uno de los testigos de la expulsión, el P. Rafael Pérez, escribió asombrado: "el pueblo como si de tiempos atras (nos) hubieran conocido, y algún gran servicio (nos) debíanse apresurar (on) á preparar (nos) solemne recibimiento: en León no se habla más que de los jesuitas perseguidos y desterrados (que) buscan un asilo. . .". (1)

El 18 de Septiembre los jesuitas se trasladaron de Corinto a León. Después de 6 horas de carreta llegaron a Subtiava donde se bajaron para entrar a pie en la ciudad acompañados por una inmensa multitud, repiques de las campanas de los nueve templos de la ciudad y la catedral, cohetes, música y alegría general. Una hoja volante saludó a los padres: "Vosotros cuya enseña es la caridad y la virtud de la humildad, seréis acogidos por este pueblo con to-

das las muestras de amor y veneración. . .". (2) La procesión terminó en la catedral donde un canónigo en elocuente sermón de la época hizo un gran elogio de la Compañía de Jesús.

El presidente Vicente Cuadra y el prefecto de León acogieron bien a los expulsados. El comandante de la plaza les proporcionó algunos soldados para que los proveyeran de agua y les prestaran todos los servicios necesarios.

Terminado el recibimiento, los jesuitas se retiraron a una casa cedida por el ex-alumno Ramón Saravia, mientras se preparaba el palacio episcopal cedido por el obispo. Este, por su parte, mandó sus saludos personales con dos sacerdotes y una carta expresando su alegría por tener en su diócesis a los jesuitas. Al día siguiente se presentó personalmente acompañado del cabildo y clero de la ciudad. Luego siguió la visita de la aristocracia leonesa. El pueblo también se hizo presente, "con su característica sencillez y franqueza iban en grupos á tener el gusto de saludar y ver de cerca a los jesuitas." (3)

Las primeras semanas en León fueron difíciles. Los imprevistos huéspedes pasaron penalidades y estrecheces económicas. Ya en Corinto comenzaron a sentir los efectos del clima y de los largos días de travesía. Varios se enfermaron en Corinto y otros en León, tres de ellos gravemente. El traslado al palacio episcopal, mucho más amplio que la casa del ex-alumno Saravia, produjo algún alivio. Sin embargo, en 8 cuartos se tuvieron que acomodar 68 personas. Como faltaban los muebles más indispensables la mayoría dormía en tablones un po-

co levantados del suelo cubiertos con una estera. Eso mismo hacía las veces de asiento. Los jesuitas no se quejaron, bastante habían conseguido con el asilo, pues no querían abandonar las tierras centro-americanas.

La generosidad leonesa fue proveyendo lo necesario. Una mujer del pueblo sin que nadie se lo pidiera recogía alimentos para los padres todos los días en el mercado. Una rica viuda, Francisca Lacayo de Carcache, les regalaba el pan diario y suplía las necesidades más urgentes. En Octubre de ese mismo año, 1871, el arzobispo de Guatemala, Bernardo Piñol Aycinena, también expulsado, trabajó para mejorar la situación de los jesuitas. El arzobispo tenía muchos amigos en León, ciudad de la cual había sido obispo antes de ser trasladado a la sede arzobispal de Guatemala. Recién llegado a León y sin consultar con los jesuitas, reunió a varios de sus amigos más ricos para buscar la manera de asegurar recursos económicos a los jesuitas. De ahí salió una subscripción mensual para mantenerlos. Uno de los amigos del arzobispo se encargó de recogerla y administrarla.

Los jesuitas, por su parte, también se esforzaron por encontrar recursos económicos estables. En las circunstancias en que se encontraban no vieron más alternativas que admitir estipendio por sus ministerios "con mucho dolor", pues eran contrarios a este recurso. Para aceptar estipendio tuvieron que acudir al P. General quien lo autorizó. Después de 27 años de presencia en Centro América, ésta fue la primera vez que los jesuitas aceptaron estipendios por sus ministerios. Tradicionalmente nunca habían aceptado dinero por sus servicios. Por tanto, inmediatamente comenzaron a ejercer sus ministe-

rios, confesaron en la catedral, predicaron ahí y en los demás templos de la ciudad a petición de los párrocos, asistieron a los enfermos y moribundos. En Corinto, a petición de los vecinos que estaban sin párroco, se quedaron dos sacerdotes y un hermano coadjutor. De inmediato estos padres se dieron a la tarea de predicar una misión de rápido efecto en el puerto. Pronto se notó el cambio de vida de la gente, mayor frecuencia en la recepción de los sacramentos y asistencia masiva a las prácticas de piedad.

Llama la atención la decisión de aquellos jesuitas de permanecer en Centroamérica, a pesar de que los estaban pidiendo de otros países sudamericanos. Sin duda sintieron una vocación especial de servicio a estas tierras e hicieron todo lo posible por permanecer en ellas asumiendo sus consecuencias, en este caso experimentando la pobreza. La decisión de permanecer en Centroamérica significaba pagar costos elevados. Por un lado, constantemente debieron enfrentar la posibilidad de que en cualquier momento los volvieran a expulsar, pues, el gobierno de Nicaragua los recibió y los retuvo en su calidad de asilados, "como unos pobres huéspedes", precisó Pérez. Más aún, durante estos diez años de permanencia en Nicaragua fueron hostilizados por sus enemigos, especialmente por los liberales guatemaltecos. Por otro lado, la decisión de quedarse supuso pasar pobreza, "ninguno de los jóvenes, ni por ventura los más antiguos habían experimentado tan de lleno los efectos de la pobreza, como en aquellas circunstancias. . ." comentaba Pérez. (4) Todo lo llevaron con alegría, sin asustarse ni acobardarse. Aquellas circunstancias pusieron a prueba lo mejor de esas vocaciones y todo por amor a servir a Centroamérica.

Fracasa el proyecto de abrir un colegio

El carácter de huéspedes concedido por el gobierno del presidente Cuadra a los jesuitas significaba que no podrían dedicarse a ningún ministerio o actividad que exigiera su arraigo definitivo. En todo momento debía estar abierta la posibilidad de que el gobierno pudiera proceder a expulsarlos, si era de su conveniencia. Para la aristocracia leonesa tener a los jesuitas significaba la posibilidad de tener un

colegio católico. Qué mejor oportunidad que abrir un colegio a cargo de los jesuitas. Les parecía obvio que habiendo tal cantidad de jesuitas en la ciudad y teniendo tanta fama como educadores debían dedicarse, naturalmente, a la educación de la juventud católica de la ciudad. El plan de abrir un colegio en León no fue iniciativa de los jesuitas quienes aún no sabían a ciencia cierta cual sería su

futuro inmediato. Todos los esfuerzos de la aristocracia leonesa en este sentido se estrellaron contra la rotunda negativa del gobierno.

El 30 de Septiembre de 1871 el obispo Ulloa Calvo recogiendo los deseos de la aristocracia católica de León y de los eclesiásticos de su curia diocesana se dirigió al presidente Cuadra pidiéndole autorizar que los jesuitas se dedicaran a la enseñanza. Ulloa pensaba entregarles el edificio del seminario cerrado hacía tiempo por falta de dinero. El presidente respondió el 8 de Octubre de 1871 diciendo que, aunque personalmente estaba de acuerdo con la petición episcopal a la conveniencia de que los jesuitas enseñaran, dados sus amplios conocimientos y experiencia, como gobernante no podía acceder a la petición, pues carecía de recursos para proporcionar ayuda económica oficial. La decisión, además, debía llevarla al seno del congreso. En caso de una resolución positiva ello traería sobre su gobierno los celos del de Guatemala y El Salvador con los cuales estaba obligado a "procurar cultivar las mejores relaciones". Por otro lado, en el país había "un grupo" que vería con "marcado disgusto" el establecimiento definitivo de los jesuitas. Ante estas consideraciones el presidente afirmó ser su deber no dar margen a divisiones internas conservando en todo el orden ni a tensiones con los otros países del área.

Los leoneses insistieron y mes y medio más tarde repitieron su petición. Ellos querían un colegio de jesuitas. Esta vez la petición la dirigieron al prefecto departamental argumentando la falta de un establecimiento adecuado de enseñanza; estando a la mano los jesuitas, maestros experimentados, resultaba incomprensible no recurrir a ellos. Firmaron la petición Pedro Argüello, Francisco Balladares, Isidoro Infante, Pedro Balladares, Pedro Cardenal, Rafael Salinas, Rafael Bermúdez, Pedro Terán, Manuel Midence, Apolonio Marín, Alberto Herdocia y Gregorio Juárez. El obispo Ulloa también se dirigió por aparte en los mismos términos al prefecto de León.

Parece que hasta entonces el obispo comunicó al P. San Román sus gestiones y las de los católicos leoneses. En todo caso, el obispo presentó una petición formal al superior para que se abriera un colegio a su cargo. Ulloa expresó que estaba dispuesto a cooperar personalmente en la empresa. Más realísticamente el P. San Román respondió haciendo

notar al obispo que para abrir un colegio hacía falta el permiso expreso del gobierno el cual no lo daría. Sabía de fuentes seguras que incluso había oposición a su permanencia en el país. Al igual que en Guatemala ya se había integrado un partido en favor de los jesuitas y otro en contra. En tales condiciones no veía factible la fundación de un colegio.

El superior de la misión explicó al obispo que no deseaba causar dificultades al gobierno que les había dado asilo. Su propuesta personal era no reconocer a los jesuitas su carácter de religiosos a cambio de permitirles vivir en Nicaragua de acuerdo a sus leyes y dedicados a sus ministerios de predicar y confesar. Su vida interna la regularían por los usos y costumbres de la Compañía de Jesús, pero siempre acatando y dependiendo de las autoridades constituídas tal como correspondía a los eclesiásticos. Si esta propuesta no resultaba aceptable al gobierno, propuso diseminar a los jesuitas por el interior del país para dedicarse a la actividad pastoral dejando sólo a los estudiantes viviendo en comunidad. Rechazó la oferta del seminario por no considerarla conveniente y prometió trabajar personalmente para aclarar en qué condiciones se quedarían en el país.

Aquí terminó el proyecto de fundar colegio. Con la respuesta del P. San Román no se volvió a hablar del proyecto. Al contrario como se verá más adelante la propuesta que privó fue la segunda. El gobierno no podía aceptar el plan porque eso significaba otorgar a los jesuitas permanencia legal y definitiva. El presidente Cuadra no estaba en capacidad de resistir las presiones de J. R. Barrios ni las de sus representantes nacionales, el grupo que según Cuadra era enemigo de los jesuitas. De hecho, el periódico **El Porvenir de Nicaragua**, dirigido por Fabio Carnevallini para quien los jesuitas se llegaron a convertir en una eterna obsesión, comenzó a atacar a los jesuitas frontalmente. De nada sirvieron las protestas de fidelidad a las leyes y autoridades constituídas. Los jesuitas eran considerados, de por sí, un obstáculo para el progreso y la paz de la república.

Quizá alguno se extrañe de que un gobierno supuestamente conservador como era el de Vicente Cuadra, uno de cuyos principios era proteger a la religión católica, se alineara más bien con los liberales anti clericales y anti jesuitas. No cabe duda que resulta algo extraña esta política en un presidente

conservador. Sin embargo, más extraño resulta su actitud anti jesuítica cuando se observa el recibimiento y la aceptación popular de que gozaron los

jesuitas en León. Pareciera que las ideas políticas de un reducido grupo sobre la religión y los deseos de J. R. Barrios importaban más que los deseos y sentimientos populares.

La presión de Guatemala

A finales de Julio de 1873 arribó a Managua Buenaventura Carazo, hermano de Evaristo Carazo, como embajador del gobierno de El Salvador. El fin de su misión diplomática era integrar una alianza ofensiva con Nicaragua contra Costa Rica y comprometer al gobierno nicaragüense diplomáticamente a expulsar a los jesuitas. En realidad, Carazo vino representando los intereses de Barrios que tenía gran influencia sobre el gobierno salvadoreño. Pretendía utilizar el mismo medio usado para expulsar a los jesuitas de El Salvador donde el gobierno de Guatemala comprometió al Mariscal González por medio del Tratado Arbizú-Samayoa. En su artículo 12 el tratado estipulaba que, habiendo expulsado el gobierno de Guatemala a los padres de la Compañía de Jesús por ser notorio que su permanencia era nociva a los intereses de los Guatemaltecos y siendo evidente que el gobierno de El Salvador podía ser perturbado de la misma manera encontrando en dichos religiosos un obstáculo para el establecimiento definitivo de las instituciones proclamadas en ambas repúblicas y teniendo presente que la asamblea nacional de El Salvador no había estado dispuesta a concederles asilo, ambos gobiernos acordaban no permitir la existencia de los Padres de la Compañía de Jesús en ninguna parte de sus respectivos territorios. El tratado Arbizú-Samayoa fue firmado el 24 de Enero de 1872.

Anteriormente, a mediados de 1872, Evaristo Carazo había firmado un proyecto de tratado **sub spe rati** con el gobierno de El Salvador en el cual también se acordaba la expulsión de los jesuitas de Nicaragua. El presidente Cuadra solicitó la opinión de los granadinos y rivenses. Entre los consultados estuvo P. J. Chamorro, Dionisio Chamorro, Fernando Guzmán, Joaquín Zavala, Gabriel Lacayo y algunos más hasta hacer un grupo de 12 personalidades. Todas ellas, excepto P. J. Chamorro estuvieron de acuerdo en la conveniencia política de firmar el tratado. Quisieron convencer a P. J. Chamorro en una larga discusión, pero éste se mantuvo firme en su

postura original. Entonces le pidieron no dar a conocer el desacuerdo; Chamorro respondió que el presidente le había pedido un consejo de amigo, por tanto, se sentía obligado a expresar su modo de pensar con franqueza. (5)

P. J. Chamorro razonó su voto negativo indicando el gran desprestigio en que caería el gobierno y el partido en el poder, pues la medida era contraria al derecho natural y a las instituciones republicanas que garantizaban el derecho de asilo. Más importante aún era que hería el sentimiento religioso de las masas. En carta personal al presidente (Granada, 24 de Junio de 1872) escribió: "jamás, en mi opinión, podrá concebirse ni explicarse de un modo satisfactorio, como un país regido por instituciones eminentemente liberales, no sea un asilo sagrado para cualquiera, salvo el caso de delitos comunes, y aún entonces todavía se necesita que medien tratados de extradición". (6) En principio aceptaría que los jesuitas representasen un peligro real, pero las consecuencias negativas de su expulsión serían mayores que el peligro potencial de su presencia. El presidente Cuadra engavetó el proyecto de tratado.

Las tesis propuestas al gobierno nicaragüense por Buenaventura Carazo eran idénticas a las anteriores. Los jesuitas representaban un obstáculo para la paz y el progreso. La peligrosidad no radicaba en ellos mismos de por sí, sino en su influencia en "las clases ignorantes" con lo cual se permitía a los partidos de oposición explotar su fanatismo religioso.

Nicaragua presentó su respuesta oficial a través de su ministro de relaciones exteriores, Anselmo H. Rivas. Con la habilidad que le era propia, Rivas remitió el asunto jesuitas a un posible concordato entre la Santa Sede y las repúblicas centroamericanas. En ese concordato se excluirían específicamente a las comunidades religiosas de toda clase. Mientras tanto, Nicaragua se comprometió a no permitir el establecimiento definitivo de los jesuitas asilados.

Igualmente se comprometió a vigilar para que su permanencia no llegara a convertirse en una amenaza para los demás países y, en caso de que se llegara a probar alguna ingerencia política, se les expulsaría irremediabilmente. En este caso los gobiernos signatarios se obligaron a contribuir proporcionalmente con los gastos de la expulsión.

A Carazo no le satisfizo esta respuesta. El 15 de Agosto de 1873 insistió alegando que le parecía evidente que Nicaragua no quería tomar medidas contra los jesuitas. Fundamentó su afirmación en que era prácticamente imposible conseguir del Vaticano un concordato excluyendo a las órdenes religiosas. El exigir pruebas convincentes sobre la injerencia en política era pedir demasiado. A ello añadía que en León, de hecho, ya estaban viviendo en comunidad y estaban reconociendo como autoridad suprema al Padre General. Carazo propuso otra alternativa, un pacto secreto donde se sentaran las bases definitivas de la expulsión. Nicaragua no aceptó firmar un pacto semejante. Rivas, por su parte, rebatió los argumentos de Carazo (23 de Agosto de 1873) aceptando la existencia de diferencias sustanciales respecto al asunto jesuitas. En la actualidad Nicaragua no les daba ninguna importancia política. Evidentemente, los consideraba perjudiciales a la paz y el progreso, no porque trataran de introducir el desorden, sino porque los partidos políticos de oposición los invocaban como bandera. Con todo y eso, no encontraban motivo suficiente para expulsarlos. No pudiendo convencer al gobierno de Nicaragua, Carazo se dió por satisfecho y aceptó las explicaciones dadas. El Tratado Rivas-Carazo fue aprobado por el congreso nicaragüense el 6 de Octubre de 1873 incluyendo las tesis de Rivas respecto al asunto jesuitas. En cuanto a la primera propuesta, establecer una alianza ofensiva contra Costa Rica, Nicaragua la rechazó sin discusión.

Esta postura no significó que el gobierno de Nicaragua diera su apoyo incondicional a los jesuitas. A Anselmo H. Rivas no se le pasaron por alto los defectos de los jesuitas. Estos eran fundamentalmente dos. En primer lugar, sus reglas se oponían al espíritu de progreso moderno matando la actividad humana, puesto que proponían la contemplación. En segundo lugar, no consideró evangélica su predicación ya que defendía errores y fomentaba el fanatismo. Supuestamente la auténtica predicación evangélica debería promover los principios republicanos. Reconociendo estos defectos como esenciales y rechazándolos terminantemente, Nicaragua haciendo uso del más puro republicanismo mantuvo que las ideas se combatían con ideas, es decir, las ideas anti-republicanas se combatirían con ideas y prácticas republicanas. En cuanto al asilo, éste no podía negarse y sólo concluía por medios legales.

En medio de esta discusión 21 padres de familia de León pidieron, por tercera vez, un colegio o al menos la oportunidad de poder educar privadamente a cierto número de alumnos con los jesuitas. El P. San Román se negó de nuevo. El gobierno no lo toleraría de ninguna manera. Aceptar a un grupo reducido en privado era conceder privilegio y cometer una injusticia con los excluidos.

La discusión alrededor del Tratado Rivas-Carazo indica que los jesuitas, por sí, no representaban ningún problema en Nicaragua, no obstante las reservas expresadas sobre sus doctrinas y costumbres. Las dificultades provinieron de otros países centroamericanos, en concreto de Guatemala que se empeñó en considerar a los jesuitas un obstáculo insalvable para el progreso y, por tanto, no descansó hasta verlos expulsados completamente del istmo. Dos años más tarde enviaron a Roma a José Torcuato de Marcoleta a negociar el concordato conjunto, pero sin resultado alguno.

El gobierno de Nicaragua y los jesuitas

Como era costumbre constitucional el presidente Vicente Cuadra rindió su informe anual al congreso el 7 de enero de 1873. En su informe no pasó por alto el asunto jesuitas. Dijo que había hecho una penosa, pero necesaria excepción al concederles asilo, añadiendo inmediatamente que las leyes no per-

mitían su establecimiento definitivo. El Mensaje presidencial fue aprobado oficialmente por P. J. Chamorro, presidente del senado, quien de paso, aprovechó la oportunidad para hacer elogio de la Compañía de Jesús.

En determinados ambientes políticos el Mensaje presidencial no fue bien visto motivando unas "observaciones" suscritas por tres personalidades de occidente, Buenaventura Selva, Basilio Salinas y Cleto Mayorga. En sus "observaciones" contradijeron la interpretación de las leyes hecha por el presidente Cuadra, para quien la legislación vigente no permitía el establecimiento definitivo de los jesuitas en Nicaragua. Con sesuda argumentación jurídica, múltiples referencias a lo estipulado en otros países e insalvable argumentación lógica, según señala Franco Cerutti, (7) demostraron el equívoco básico en que descansaba el veto presidencial al rechazar que el concordato de 1862 al estipular como paso previo al establecimiento de órdenes religiosas el acuerdo entre la autoridad eclesiástica y el gobierno había abrogado las disposiciones prohibitivas de la ley federal de 1830. En definitiva, si se reconocía a la religión católica como religión oficial el Estado estaba en la obligación de favorecerla y protegerla. En buena lógica, esto implicaba permitir la presencia de los jesuitas en Nicaragua.

Al discutirse el informe anual del ministro de gobernación, justicia y negocios eclesiásticos, Francisco Barberena, el 13 de Enero de 1873, se dieron acaloradas disputas en el congreso. Al llegar al punto del asilo a los jesuitas, Barberena informó que siendo consecuente con su norma de conducta de no negar asilo a los emigrados que, por circunstancias especiales no mereciesen hacer una excepción, no creyó que debía negar el asilo a "unos sacerdotes que venían en desgracia y de quienes Nicaragua no tenía motivos para pensar que crearían conflictos". Por eso la intención del gobierno siempre ha sido considerarlos asilados. En efecto, bajo ningún concepto se les había permitido arraigarse de forma definitiva en el país. Sin embargo, dado que su permanencia se prolongaba despertando las susceptibilidades de los países vecinos al grado de haber solicitado su expulsión, Barberena pidió al congreso su opinión al respecto. Luego de acaloradas y largas discusiones el dictamen final de la comisión encargada de este informe determinó que el gobierno daría debido cumplimiento al artículo 4 de la ley federal del 8 de Enero de 1830 que estipulaba la prohibición de las órdenes religiosas. Sin embargo, las cámaras unidas rechazaron esta declaración exceptuando a cinco diputados que hicieron constar sus votos razonados. Estos pidieron que al menos se concentrara a los asilados en el interior del país quitándoles la movilidad.

El asunto volvió a ser discutido al llegar al informe del ministro de relaciones exteriores, Anselmo H. Rivas. En su exposición Rivas dijo que los jesuitas habían sido ocasión de contradicción, pues, por un lado, estaban dedicados a atender las necesidades religiosas del pueblo despertando grandes simpatías en las masas, pero, por otro lado, un grupo de enemigos suyos había levantado la bandera con los jesuitas "procurando crear a favor de la sencillez de las masas populares, un conflicto religioso". De modo que, el gobierno había recibido peticiones contradictorias, unas pidiendo apoyo para los jesuitas y otras exigiendo su expulsión inmediata. El gobierno, por su parte, había procedido de acuerdo a la legislación que prohibía el establecimiento de órdenes religiosas, pero teniendo en cuenta el sentimiento filantrópico de la nación que demandaba dar asilo a los emigrados. En consecuencia, hasta el momento el gobierno del presidente Cuadra se había abstenido de adoptar una decisión en uno y otro sentido, limitándose a considerar a los jesuitas como simples asilados. Correspondía al congreso nacional determinar qué debería hacerse al respecto.

El ministro Rivas también informó de las presiones ejercidas por Guatemala refiriéndose a la misión de Carazo. Ante el congreso Rivas expresó que se había negado a acceder a esas presiones, pues de haber cedido se habría negado la independencia y soberanía de Nicaragua. El ministro recordó a los congresistas que en las actuales circunstancias de Centro América no se podía renunciar al derecho de asilo para los emigrados políticos, ya que "si se considera que los Gobiernos de estos países las más veces, sobre todo en circunstancias un poco anormales, se ven rodeados de espíritus espantadizos, que por todas partes ven vestigios y contemplan en el más miserable opositor un coloso con el poder de anonadarlos de una sola mirada". (8)

Después de otra acalorada discusión el congreso decidió conceder una prolongación indefinida de asilo, advirtiendo que los jesuitas no intervendrían en la política doméstica, sino que estarían dedicados al ministerio pastoral. La decisión fue recibida con entusiasmo general por el pueblo.

Por el momento los diputados y senadores se olvidaron de los jesuitas. El mismo gobierno de Cuadra no pareció dar más importancia a su presencia. El año de 1874 resultó tranquilo para los jesuitas. En realidad, los gobernantes no tuvieron tiempo

para dedicarse a discutir este embarazoso asunto. Otros problemas más urgentes de la política centroamericana ocuparon su atención. Guatemala y El Salvador habían intervenido en Honduras con el objeto de controlar una serie de insurrecciones conservadoras. En Nicaragua se tuvieron elecciones presidenciales, actividad de primera magnitud para los políticos nacionales. De nuevo ganaron los conservadores con P. J. Chamorro, quedando derrotado Buenaventura Selva, candidato del partido liberal.

De vez en cuando Carnevallini y su círculo recordaban a los lectores de *El Porvenir de Nicaragua* de la existencia de los jesuitas y de la necesidad de su expulsión. Tampoco se olvidaron de dedicar algún que otro artículo a otros temas religiosos tan del gusto de la época.

El olvido era aparente. En privado el presidente Cuadra buscó la manera de solucionar el asunto jesuitas sin alborotar a las masas. Estando P. J. Chamorro en Europa para contratar profesores seculares ilustrados para Nicaragua, Cuadra le pidió en carta fechada el 3 de Febrero de 1874 realizar gestiones confidenciales en este sentido. En su carta el presidente explicaba que las presiones de Guatemala y El Salvador se habían vuelto inaguantables. Ambos gobiernos insistían en la expulsión en base a la amenaza que representaban los jesuitas para ellos. Según el presidente Cuadra a P. J. Chamorro le convenía sobremanera que este asunto se resolviera cuanto antes porque así cuando asumiera la presidencia, lo cual era indudable siendo el candidato favorito, tendría un problema menos.

Cuadra ya se había decidido por la expulsión, pero trataba de evitar pagar sus costos políticos. Por eso, su plan consistía en lograr que la orden de salida la diera la Santa Sede. La misión de P. J. Chamorro consistiría en hacer las gestiones del caso en el Vaticano a nombre del gobierno de Nicaragua. Para vender la idea al Vaticano, Cuadra sugirió enfatizar el mal que se seguiría para la religión en Centro América al verse obligado el gobierno nicaragüense a expulsar a los jesuitas. El gobierno de Nicaragua, por su parte, daría seguridades de que, más tarde, cuando las circunstancias fuesen propicias, se llamaría de nuevo a los jesuitas. El mismo gobierno asumiría los gastos de viaje. De paso, el presidente Cuadra creyó conveniente ofrecer al Papa una limosna de 10 mil pesos. En cualquier caso, el pre-

sidente pidió a Chamorro dejar claro en el Vaticano las buenas intenciones de su gobierno y su alta estima de la religión y sus ministros. (9)

P. J. Chamorro rechazó la misión en carta fechada en Londres el 16 de Marzo de 1874. (10) El Papa no se prestaría al juego, rechazaría la propuesta firmemente. Las razones alegadas por el gobierno eran inaceptables para el Vaticano por ser de carácter eminentemente político. La coyuntura europea era desfavorable. Pío IX no aceptaría el plan nicaragüense cuando en Europa los gobiernos liberales estaban hostilizando y atacando a la Iglesia en todos sus frentes. "El se manifiesta hasta desesperado", añadió a modo de ejemplo Chamorro, "y digo esto, por cierta frase que dijo a mi familia cuando le visitó, contra el pueblo guatemalteco por la expulsión de los jesuitas". (11) Podría haber una pequeña posibilidad si se le entregara un donativo fuerte, algo así como 6 mil libras esterlinas. Habría que dedicar otras mil para banquetes con el fin de ganarse la buena voluntad de las altas personalidades de la curia romana. Para que no quedara duda al presidente, Chamorro reiteró: "sólo con el dinero de que he hecho mención podría obtenerse su realización". (12)

En cualquier caso, escribió Chamorro, si el Papa accediera y los jesuitas llegaran a salir de Nicaragua, el gobierno y su presidente cargarían con la animadversión de los católicos y del pueblo en general. En definitiva, Cuadra no evitaría pagar los costos políticos de la salida de los jesuitas.

El presidente Cuadra hizo caso omiso del razonamiento de Chamorro y persistió en sus planes. El 5 de Enero de 1875 designó como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Nicaragua ante la Santa Sede a Torcuato José de Marcoleta con el único propósito de conseguir la expulsión de los jesuitas. Cuadra había sugerido a Chamorro llevar a Marcoleta como consejero y secretario en su misión. En su primera gestión Marcoleta dijo haber obtenido resultados positivos. Pío IX respondió a su petición remitiendo el asunto al Padre General de los jesuitas. Con semejante misión se presentó Marcoleta en la curia general de los jesuitas. En realidad, Pío IX no dijo nada a Marcoleta; es más, parece que ni siquiera le habló del asunto. Más bien Marcoleta puso en boca del Papa la opinión de uno de sus secretarios privados. Cuando Pío IX fue informado de las movidas de Marcoleta se indignó

tanto que pensó salir a la presa para aclarar su posición respecto a los jesuitas.

En la curia general de los jesuitas, Marcoleta se presentó con la orden papal. No se entrevistó con el Padre General, sino con uno de sus asistentes, Manuel Gil, que según dijo Marcoleta era antiguo amigo suyo personal. Marcoleta le informó del supuesto deseo de Pío IX de que el P. General decidiera sobre los jesuitas de Nicaragua. Con gran habilidad, el Asistente Gil le respondió que efectivamente los jesuitas saldrían de Nicaragua, pero poco a poco para no provocar desórdenes. "Hemos dicho esto," escribió después el P. Gil informando al P. San Román quien ya conocía de las gestiones de Marcoleta, "para dar tiempo al tiempo porque esos Gobiernos suelen cambiar fácilmente, y para no comprometer al Papa y tomar poco á poco nuestras medidas". (13)

El P. General envió instrucciones al P. San Román para que tratara el asunto directamente con el gobierno al cual daría a conocer que así como los jesuitas estaban agradecidos por la hospitalidad recibida no deseaban causar molestias. En consecuencia, pediría que le aclararan su situación y la de sus súbditos. (14) Para entonces ya era presidente P. J. Chamorro quien no parece haber aprobado las gestiones de Marcoleta. Cinco meses después del primer informe, el 12 de Septiembre de 1875, escribió Marcoleta preguntando al presidente Chamorro sobre los jesuitas: "tampoco tengo noticias de si Ud. ha aprobado mi gestión y diligencias en Roma, en particular sobre el asunto de los PP. Jesuitas que, a mi modo de entender, resolví de un modo que podía satisfacer a todo el mundo. . ." Tres días después en un agregado Marcoleta preguntó de nuevo: "¿Cómo van los asuntos de los PP Jesuitas? ¿Se van o se quedan?". (15)

Mientras tanto, en León, el P. San Román se entrevistó con el presidente Chamorro aprovechando una visita de éste a la ciudad. En la conversación Chamorro explicó lo sucedido y las intrigas del ex presidente Cuadra. El superior quedó satisfecho con estas explicaciones. Pero la noticia se filtró y comenzó a correr el rumor de que los jesuitas dentro de poco tiempo se irían del país. Los jesuitas se esforzaron por desmentir el rumor tratando de tranquilizar los ánimos alborotados. Aunque el presidente Chamorro había dado seguridades al P. San Román éste tomó sus medidas. Inmediata-

mente informó al canónigo Apolonio Orozco, presidente del consejo diocesano del Apostolado de la Oración, quien a su vez informó a la directiva del Apostolado. Esta, de común acuerdo, decidió acudir al Papa por medio de un representante que rindiera un informe verídico de los sucesos y que le pidiera no permitir la salida de los jesuitas.

Escogieron al P. Ildefonso Albores, ex-alumno de los jesuitas y experimentado en esta clase de misiones, pues, antes había ido al Vaticano a desenmascarar las jugadas de J. R. Barrios. El enviado salió de Corinto el 30 de Junio de 1875. Su primer contacto fue con el Padre General de los jesuitas, en Florencia. El 15 de Agosto Pío IX lo recibió en audiencia privada en la cual aclaró que no estaba dispuesto a dar ninguna orden en contra de los jesuitas ni había dicho a Marcoleta que discutiera el asunto con el General de los jesuitas. Fue entonces cuando Pío IX indignado quiso salir a la prensa, pero pensándolo mejor optó por escribir dos cartas autógrafas, una para el canónigo Orozco y otra para el obispo de León, recomendándoles muy encarecidamente apoyar a los jesuitas en todo lo necesario.

El 13 de Septiembre de 1875 arribó a Roma otra misión de Nicaragua para discutir el mismo asunto con el Vaticano. (16) Pío IX recibió a los enviados el 15 de Septiembre, pero no trataron el asunto de los jesuitas, pues les habían prevenido de que si lo hacían el Papa reaccionaría violentamente.

El tema del asilo a los jesuitas volvió al congreso nacional en las primeras sesiones ordinarias de 1876 a causa de una moción del diputado Manuel Cuadra en la cual pedía su expulsión. Fundamentó la moción en la ley federal de 1829 y en el decreto legislativo de 1830 las cuales prohibían la existencia de las órdenes religiosas. El mocionante indicó que obviamente los jesuitas en León estaban organizados y establecidos como orden religiosa, incluso estaban ya recibiendo candidatos al noviciado. Ante ello, el diputado Cuadra preguntó si había habido el acuerdo previo estipulado entre la autoridad eclesiástica y la civil.

La moción se discutió y se aprobó. El ministro de gobernación, Rosalío Cortés, comunicó al presidente Chamorro el oficio de la cámara el 17 de Enero de 1876. El 21 respondió el presidente, los jesuitas no se habían establecido definitivamente. Su

presencia actual era igual a la de cualquier sacerdote del clero secular; estaban sujetos a la legislación diocesana al igual que los demás eclesiásticos. Por tanto, en este punto no se había violado la ley. Ahora bien, si dichos padres vivían juntos, bajo una determinada regla, lo hacían en carácter de asociación voluntaria y de pura conciencia, sin que pudieran ocurrir al Estado para hacer cumplir sus determinaciones. Según la Constitución, artículo 80, la asociación voluntaria no podía ser impedida por el Estado. (17) Evidentemente, su permanencia daba lugar a tensiones con otros gobiernos, pero la costumbre tradicional de dar asilo y la misma Constitución eran contrarios a la expulsión, mientras los afectados no se mezclaran en asuntos políticos o motivaran por su mala conducta justificadas quejas de la opinión pública. Hasta el momento no habían dado manifestaciones ni de lo uno ni de lo otro.

Ante la postura firme del presidente Chamorro el asunto jesuitas se archivó y no se volvió a discutir en el congreso durante su mandato. Las tesis mantenidas por el presidente significaban que aceptaba como derogadas por el concordato las leyes de 1829 y 1830 y que no podía impedir sin violar la Constitución el que los jesuitas vivieran juntos en asociación voluntaria y que los jóvenes nicaragüenses pudieran asociarse a ellos libre y voluntariamente con permiso de sus padres. En definitiva, el presidente Chamorro reconoció y elogió públicamente la labor de los jesuitas en los 5 años de permanencia en Nicaragua.

La única medida contra los jesuitas durante el período presidencial de P. J. Chamorro fue de carácter preventivo. El 9 de Septiembre de 1875 el presidente giró instrucciones a las aduanas del país de no permitir el ingreso de los jesuitas que pudieran llegar expulsados del Ecuador donde acababa de ser derrocado García Moreno. La orden buscaba evitar nuevas presiones de parte de Guatemala y sus aliados nicaragüenses. La prohibición no abarcaba a los jesuitas que de Nicaragua habían salido hacia Costa Rica ni al superior de la misión que residía en el Ecuador.

La prensa liberal fue otra cosa, continuamente estuvo hablando y polemizando sobre los jesuitas. Promovió largos y tediosos debates sobre la tolerancia religiosa, la libertad de cultos y la libertad de

conciencia. Los jesuitas respondieron fuertemente desde los púlpitos. La polémica se volvió tan apasionada para los intelectuales y políticos que Carnevallini ofreció las páginas de su periódico para que los jesuitas pudieran responder ampliamente; pero éstos declinaron el ofrecimiento. Los campos debían permanecer bien delimitados para no confundir a los incautos. Aparte de que consideraron más que impropio publicar en un periódico como **El Porvenir de Nicaragua**. Para eso habían fundado su propio periódico, **El Buen Sentido**, que junto con el órgano del Apostolado de la Oración, **El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús**, hizo frente a los ataques contra la religión y dió a conocer la ortodoxia católica.

Haciendo eco de la polémica de la prensa nacional circularon un sinnúmero de folletos, hojas volantes, caricaturas, versos, declaraciones, aclaraciones, contra-declaraciones, etc. Sobre cada uno de los tópicos discutidos siempre había un grupo de personas que tenían algo que opinar y así lo hacían en efecto pronunciándose públicamente. En estas polémicas la excomunión eclesiástica fue un instrumento muy poderoso, pues desacreditaba completamente al excomulgado ante el pueblo. Una amenaza de excomunión, incluso contra el potente círculo de **El Porvenir de Nicaragua** hacía temblar a sus miembros. Cuando en 1877 la autoridad eclesiástica excomulgó a **El Canal de Nicaragua**, dirigido por Carlos Selva, la gente reaccionó devolviendo los paquetes enteros de dicho periódico. Ni siquiera hubo quien distribuyera el periódico, todos sus agentes renunciaron. Y es que la excomunión abarcaba a los responsables de la publicación, distribuidores y lectores.

Las plumas liberales se ocuparon de los jesuitas solamente cuando no tenían nada que escribir sobre elecciones, ideología política de los dos partidos o sobre política centroamericana. Es decir, se ocupaban de los jesuitas cuando se les habían agotado los demás temas. El año 1876 representa un buen ejemplo de esto, durante ese año casi nadie se acordó de los jesuitas.

Mención especial merecen los tres folletos de Lorenzo Montúfar contra los jesuitas. Lorenzo Montúfar, guatemalteco y en ese entonces ministro del gobierno costarricense, escribió una serie de tres folletos con el objetivo de instigar la expulsión de los jesuitas de Nicaragua. El primer folleto lo fecho en

San José en Agosto de 1872 y lo dedicó a José Antonio Pinto en testimonio de aprecio por haber impedido el ingreso de los jesuitas a Costa Rica. En este primer folleto de la serie, Montúfar se esmera en demostrar históricamente que los jesuitas habían sido declarados indeseables en toda Europa. Con especial deleite se fijó en el período en que las monarquías absolutas persiguieron a los jesuitas y los expulsaron de sus reinos hasta culminar con la supresión que le arrancaron al Papa.

Siguió un segundo folleto fechado en Noviembre de 1872 y dedicado a los gobiernos de Guatemala y El Salvador en testimonio de aprecio por haber expulsado a los jesuitas. En este segundo folleto Montúfar recogió un conjunto de anécdotas en las cuales los jesuitas quedaban como lo peor de la humanidad. El 20 de Diciembre de 1872 apareció el tercer y último folleto de la serie, dedicado a la juventud centroamericana, en el cual trataba de reargüir abundando en las anécdotas del primer folleto devastadoramente impugnadas desde León por el P. León Tornero, superior de los estudiantes, en un primer folleto; a éste siguió otro, fechado el 30 de Diciembre de 1872, y después publicó un tercero el 20 de Febrero de 1873. En sus tres folletos el P. Tornero fue respondiendo con la historia en la mano, capítulo por capítulo, las impugnaciones de Montúfar. (18)

Los argumentos de Montúfar, a quien no sin razón Irisarri llamó "el hombre más mentiroso que calentó el sol sobre la tierra", son bastante superficiales y en general extremadamente débiles. Su autor recogió sin ninguna crítica cuanta anécdota encontró contra los jesuitas imputándoles toda clase de crímenes políticos, conspiraciones, robos, engaños, chantajes, etc. Su único criterio, incluir todo lo que fuera contra los jesuitas, lo llevó a contradicciones evidentes y, en último término, a hacer el ridículo aceptando como verídico cualquier cuento de camino o calumnia. Cegado por su obsesión anti jesuítica no reparó en la debilidad de sus argumentaciones y, al mismo tiempo, facilitó la respuesta del P. Tornero que sin mucho esfuerzo desmontó los argumentos acusatorios de Montúfar.

Llama poderosamente la atención que una personalidad supuestamente ilustrada como Lorenzo Montúfar haya mostrado en sus tres folletos un absoluto irrespeto por la historia, manipulándola sin nin-

gún pudor. Igualmente interesante resulta que todas sus acusaciones tengan su origen en Europa, llegando incluso a copiar literalmente a los autores europeos, sin aportar absolutamente nada desde la realidad centroamericana.

Con la llegada a la presidencia del general Joaquín Zavala la situación de los jesuitas cambió radicalmente en 1879. Desde el inicio de su mandato, Zavala se impuso como meta resolver definitivamente el asunto jesuitas. Pese al disgusto y a la oposición de su partido conservador, se sabía apoyado por el congreso, la prensa nacional y de ciertos sectores de la opinión pública. Zavala se convenció de que el destino lo había llamado a llevar a cabo la expulsión de los jesuitas, algo por lo que los hombres más progresistas del siglo, entre los cuales él se consideraba uno de sus mejores representantes, venían luchando desde hacía demasiado tiempo. Joaquín Zavala recibió grado masónico en una visita que hizo a Rivas entre el 2 y el 5 de Febrero de 1872. (19)

Su plan chocaba con una dificultad bastante considerable, la inequívoca popularidad de los jesuitas. Entonces, Zavala decidió esperar el momento oportuno o provocar una situación por medio de la cual se justificara la intervención del poder ejecutivo y legitimara la expulsión, al menos parcialmente. Mientras llegaba ese momento favorable no dió indicios de hostilidad contra los jesuitas para no alborotar antes de tiempo. No se equivocó Rafael Pérez cuando enfatizó que Zavala desde el primer momento tenía un plan secreto para deshacerse de los jesuitas.

Durante los tres primeros años de su administración Zavala se mostró neutral, intentando hacer olvidar la existencia de los jesuitas. Conste que los hombres del presidente salieron de entre los círculos liberales más intransigentes. Su gabinete era radicalmente liberal, Cárdenas, Elizondo, Navas. . . , pero se cuidaron de despejar muy pronto los temores iniciales al no tocar ningún asunto relacionado con la religión. Curiosamente hasta finales de 1880 y principios de 1881 ni siquiera los más intransigentes enemigos de los jesuitas reanudaron las viejas polémicas. Más aún, las referencias públicas a los jesuitas casi desaparecieron del todo insólitamente. Algo parecido sucedió en las sesiones del congreso. Todo hace suponer que intencionadamente no se quiso remover el espinoso asunto.

Entre 1879 y 1880 solamente se dió un conato de polémica de muy corto alcance cuando **El Canal de Nicaragua** se ocupó de la tolerancia religiosa y la libertad de cultos. El P. Felipe Cardella había publicado ya para entonces su último folleto sobre el caso Sáenz Llaría, del que hablaremos más adelante. Sin embargo, ya a principios de 1881 el obispo e-

lecto de León, Francisco Ulloa Larios, se vió obligado a viajar a Panamá para ser consagrado porque el presidente Zavala no permitió el ingreso al país del obispo de aquella ciudad, Mons. Paúl, uno de los jesuitas expulsados de El Salvador y a quien no se había dado permiso de desembarcar en Corinto en ese entonces.

Hostilidades contra los jesuitas

Periódicamente los enemigos de los jesuitas protagonizaron incidentes en las ciudades donde estos se habían establecido. Evaristo Carazo y Dolores Rodríguez impidieron que los dos jesuitas expulsados de El Salvador desembarcaran como asilados en Corinto el 9 de Junio de 1872. Al atracar en Corinto los dos jesuitas quisieron desembarcar, pero el comandante del puerto se lo prohibió alegando no tener orden a su favor. Antes del incidente, Carazo y Rodríguez, que también venían de El Salvador en el mismo barco, habían conversado con el comandante. Entonces, los dos jesuitas residentes en el puerto subieron a bordo a saludar a sus compañeros. Aprovechando la circunstancia Rodríguez y el comandante decidieron no permitirles el regreso a Corinto y amenazaron a los barqueros para que no los trajeran a tierra. La intervención de un rico y prestigiado residente de Corinto, Roberto Gray, consiguió que pudieran regresar y los hospedó en su casa después de discutir con el comandante el asunto. El gobierno del presidente Cuadra no dió ninguna explicación sobre el incidente ni sobre la negativa de conceder asilo a los expulsados de El Salvador no obstante ser de dominio público lo sucedido.

A principios de 1873 los dos jesuitas se vieron obligados a abandonar el puerto de Corinto definitivamente. Desde su llegada hasta Enero de 1873 los jesuitas fungieron como capellanes del puerto y en tal concepto gozaron de una pensión estatal de 30 pesos mensuales asignados en el presupuesto nacional. Pero el comandante Salvador Galarza optó por nombrar como párroco interino a Juan Somarriba, coadjutor de la parroquia de El Viejo. Para ello le ofreció 40 pesos de pensión más una escuela de niños para que aumentara su ingreso mensual. El nombramiento oficial de Somarriba llegó a Corinto el 24 de Enero de 1873. Contaba con la aproba-

ción del obispo de León, dada el 14 de Enero. Inexplicablemente el obispo no avisó a los jesuitas ni al superior de León de esta providencia. Hecho el nombramiento los jesuitas abandonaron el puerto el 29 de Enero.

De nada sirvieron las protestas de la población. Una carta respaldada con 60 firmas conocidas pidió al gobierno no retirar la pensión a los jesuitas ni nombrar capellán. El administrador de rentas del puerto escribió otra carta en el mismo sentido. Las señoritas Rivas tomaron especial interés en el asunto, escribieron a su pariente, el ministro de relaciones exteriores, Anselmo H. Rivas y a otro pariente que era senador. En estas exposiciones los vecinos de Corinto decían que no habría capellán capaz de trabajar tan abnegadamente como los jesuitas en tan malas condiciones como eran las del puerto y con tan poca remuneración. Cualquier capellán que llegara a sustituirlos abandonaría el puerto en cuanto pudiera. El presidente respondió a las peticiones escuetamente excusándose, su deber era nombrar capellán. Los jesuitas podían quedarse en Corinto si así lo deseaban. El problema era que no tendrían ninguna entrada estable, el salario de capellán era su principal medio para subsistir. En cambio, el comandante Galarza fue ascendido a general de división el 10 de Diciembre de 1874. (20)

Efectivamente, el trabajo pastoral en el puerto de Corinto era muy duro debido tanto a las condiciones del clima como a la situación peculiar de un puerto. Se requería bastante dedicación y entrega a la gente y, aún así, al final los esfuerzos realizados resultaban muy poco gratificantes, pues no se veían sus frutos. Los vecinos no estaban en condiciones de proporcionar cantidades grandes de dinero para mantener al párroco. Los jesuitas se mantuvieron de la escueta pensión estatal en concepto

de capellanía del puerto que correspondía al párroco de Corinto. A esta módica suma se añadían las limosnas de la gente, pero con todo pasaron muchas pobreza. De ahí que el comandante buscara hacer atrayente el cargo de capellán del puerto subiendo la pensión a Somarriba. Prueba contundente de todo esto fue que Somarriba no duró mucho tiempo, ni siquiera cumplió un año en Corinto. Su sucesor, Mateo Gutiérrez, designado el 6 de Diciembre de 1874, aguantó sólo 5 meses. Al final de cuentas el perjudicado resultó ser el puerto de Corinto cuyos vecinos se quedaron sin jesuitas y sin párroco permanente. (21)

Los enemigos de los jesuitas no desperdiciaron ocasión para hostilizarlos y hacerles entender que eran indeseables. En Rivas donde había una pequeña residencia con tres padres la municipalidad se distinguió por su anti jesuitismo. En Julio de 1875 los municipios aprovecharon una ausencia de los padres de la ciudad para abrir una calle al lado del templo para lo cual quitaron la cerca de la residencia y destruyeron el patio interior, suprimieron la comunicación de las habitaciones de la casa con el corredor del templo y dejaron al aire sus cimientos. Sólo la intervención del prefecto departamental, a quien los vecinos se dirigieron angustiados, detuvo al alcalde y sus colegas. Estos se desquitaban dando a la publicidad un libretto firmado por el alcalde en contra de los jesuitas en general y del P. Luis Gamero en particular. Los jesuitas se defendieron en un folleto.

El colmo fue que hasta el mismo vicario de Rivas, P. José Asunción Martínez, la emprendió contra los jesuitas en 1875 al negarles jurisdicción para confesar enfermos y llegando al extremo de cerrar el templo para que no se sentaran en el confesionario. El vicario Martínez desde la presidencia de Cuadra se había unido a los liberales rivenses enemigos del gobierno, participando incluso en una revolución. A pesar de los reclamos del gobierno ante el obispo Ulloa Calvo el vicario permaneció en su puesto de Rivas. La Santa Sede intervino a petición del gobierno, pero el obispo no accedió a remover a Martínez de su puesto. (22)

El caso Sáenz Llaría tuvo mayores proporciones, pero de nuevo no por culpa de los jesuitas, sino de un grupo de intelectuales liberales exaltados. En el otoño de 1873 P. J. Chamorro y José Pasos, comi-

sionados por una junta de padres de familia de Granada, contrataron profesores europeos para servir en un establecimiento de segunda enseñanza que deseaban tener en Granada de acuerdo con las ideas modernas de la época. Bajo la dirección de José María Villafañe, jefe del esclarecido grupo de docentes, se fundó el 1 de Enero de 1874 el Instituto de Oriente en la ciudad de Granada. En el grupo vino el presbítero Pedro Sáenz Llaría quien llegó a Nicaragua el 23 de Diciembre de 1873. Sáenz se desempeñó como profesor de filosofía, historia, religión y moral. El 1 de Mayo de 1874 asumió el cargo de director del centro docente sustituyendo a Villafañe. Fundó el Oratorio del Hospital de Granada y cubría el déficit de la Escuela de Niñas Pobres del mismo hospital. Sáenz falleció en Granada el 19 de Enero de 1878. También fue capellán de las Hermanas de la Caridad del hospital. Durante estos años hizo buena amistad con los jesuitas de la residencia. (23)

Los incidentes comenzaron en 1877 con la visita del P. Theilloux a la comunidad religiosa del hospital. El visitador ordenó retirar a Sáenz de la capellanía al enterarse de que tenía fama de librepensador. Al hallar oposición entre los amigos de Sáenz, Theilloux aceptó no removerlo con la condición de que cumpliera con los siguientes requisitos, suscribir el *Syllabus* y una pastoral reciente del obispo sobre la libertad de cultos, protestar públicamente que no tenía relación alguna con los artículos de *El Porvenir de Nicaragua* sobre este tema y retirar su nombre de la lista de colaboradores de *El Canal de Nicaragua*. Al negarse Sáenz el visitador lo retiró de la capellanía del hospital.

La junta de caridad del hospital responsabilizó a los jesuitas de las desventuras de Sáenz y organizó una campaña entre los granadinos ilustrados a favor de Sáenz. Estos promovieron una investigación jurídica sobre la vida y costumbres de Sáenz con el objeto de obligar a los jesuitas a tomar partido a favor de Sáenz o de declararlos calumniadores. Como parte de la instrucción citaron al P. Cardella, superior de la residencia de la ciudad, a declarar ante la gobernación. Al conocer el significado del interrogatorio, Cardella se limitó a decir que lo citaban sin derecho, le preguntaban sin derecho y que, por lo tanto, con derecho no respondía. Inmediatamente Cardella fue puesto en prisión. En seguida llamaron a su compañero, P. Joaquín Vargas, pero éste se defendió diciendo que estaba recién llegado

y no sabía nada del P. Sáenz. La noticia de la prisión del P. Cardella corrió como reguero de pólvora conmoviendo la ciudad. La gente de los barrios se aglomeró en la cárcel. Para calmar a las masas liberaron a Cardella después de 3 horas de prisión, pero le dieron la residencia por cárcel. La intervención del gobernador sacó del apuro al prefecto departamental dejando en libertad irrestricta a Cardella.

Los jesuitas en nombre de la amistad con Sáenz se negaron a dar crédito a los rumores que lo señalaban como liberal. En realidad fueron los últimos en aceptar que efectivamente Sáenz era librepensador. Según Cardella los liberales granadinos amigos de Sáenz habían incordiado a éste con los jesuitas, atribuyéndole cosas que no había dicho contra los segundos. De los folletos publicados por el P. Cardella y de los comentarios de la prensa nacional, y en particular de Enrique Guzmán se concluye que el asunto muy bien pudo haberse mantenido en el terreno de la polémica religiosa sin entrar en cuestiones personales. La polémica estalló violentamente cuando Nicolás Quintín Ubago, co-director del Instituto y otros amigos granadinos, dieron a luz una **Corona Fúnebre** donde presentaron al difunto Sáenz como un clarividente librepensador de avanzada y a los jesuitas como sus calumniadores. Cardella respondió en un primer folleto, **La Corona Fúnebre y los Padres de la Compañía de Jesús Residentes en Granada**, (24) rechazando la acusación de calumnia. Los mismos amigos de Sáenz lo habían presentado profesando las doctrinas condenadas por la ortodoxia romana en el **Syllabus**. Enrique Guzmán opinaba, a diferencia de sus colegas liberales, que Cardella no había insultado la memoria de Sáenz en su folleto; "El P. Cardella se complace en pinchar con sus burlas. . . a muchas personas; pero, sea dicha la verdad, respeta siempre la memoria del ilustre profesor que fue su franco y constante adversario". (25)

Carnevallini en **El Porvenir de Nicaragua** atacó el folleto de Cardella. Este volvió sobre el tema en **Algo Más de Luz para las Personas de Buena Voluntad**. (26) Según E. Guzmán, Cardella en este folleto "dogmatiza i diserta: es casi siempre incisivo i frecuentemente burlón". (27) Siguió la polémica **El Canal de Nicaragua** y de nuevo Cardella respondió en **Nuevos Rayos de Luz para las Personas que Quieren Ver**. (28) En este tercer folleto el caso de Sáenz ya había sido olvidado. La exposición de

Cardella se centró en la correcta interpretación del **Syllabus** y de las obligaciones de un católico observante. (29)

Así, pues, los jesuitas no calumniaron a Sáenz. Llaría dado que fueron sus panegiristas quienes lo presentaron como un librepensador. Liberales como Carnevallini, E. Guzmán y José D. Gámez dieron la razón a los jesuitas. A los granadinos se les había pasado la mano. Refiriéndose a **El Canal de Nicaragua**, E. Guzmán escribió que había liberales bastardos, es decir, librepensadores de mala ley que hoy se comían a los jesuitas, al obispo, al Papa y al catolicismo entero y mañana, de miedo a la excomunión, a las beatas, al infierno o tal vez por urgente necesidad de dinero, se golpeaban el pecho y se declaraban contritos católicos, apostólicos y romanos sumisos. (30)

A causa de las presiones de J. R. Barrios el presidente Chamorro tuvo que interrogar personalmente a un novicio sobre su determinación de permanecer libremente en la Compañía de Jesús en 1877. En efecto, Barrios escribió a P. J. Chamorro informándole de la existencia de un novicio guatemalteco retenido contra su voluntad. Adjuntó una carta del padre del novicio como prueba. En consecuencia, Barrios pidió protección para el novicio y su devolución. Chamorro ordenó al prefecto de León investigar el caso, pero al no obtener resultado alguno, mandó que el novicio se presentara en Managua. El novicio se presentó en el despacho presidencial acompañado por el P. Mario Valenzuela. El presidente Chamorro, en presencia de Anselmo H. Rivas, interrogó al novicio sobre su vocación y su libre determinación. Una vez satisfecho el presidente de la firme vocación del novicio, lo devolvió al P. Valenzuela. Este, animado por la buena disposición del presidente aprovechó la entrevista para pedir permiso para abrir una escuela en León. El presidente negó el permiso para evitar ulteriores complicaciones con Guatemala. Según Pérez, un novicio nicaragüense recurrió a este procedimiento para dejar el noviciado de León.

Si la administración del presidente Cuadra hubiera sabido con anticipación el problema que traería la permanencia de los jesuitas en el país, posiblemente no les hubiera concedido el asilo. Es claro que no fue el comportamiento de los jesuitas la causa directa de las hostilidades en su contra. El simple

hecho de ser jesuita, independientemente de cualquier otra determinación, era conflictivo y polémico. El ciudadano progresista e ilustrado del S. XIX incluía el anti jesuitismo como uno de los elementos fundamentales de su ideología. En este sentido, los jesuitas representaban un obstáculo insalvable para el progreso.

En realidad, los jesuitas fueron los más grandes defensores de la ortodoxia católica cuya expresión más determinante se encontraba en el *Syllabus* (1864). En consecuencia, combatieron sin cuartel las doctrinas liberales. Desde que Pío IX desafortunadamente había publicado el *Syllabus*, los jesuitas se encontraban en primera línea atacando al liberalismo en todas sus formas. De modo que los jesuitas estaban en la misma línea que el Papa. Por tanto, tan reaccionarios eran los jesuitas como Pío IX; pero los liberales nicaragüenses hicieron diferencias, sus enemigos irreconciliables eran los jesuitas.

La Iglesia del S. XIX se mostró incapaz de distinguir entre los elementos positivos y negativos de las doctrinas liberales. El mismo Pío IX confundió democracia con revolución y revolución con destrucción de valores cristianos tradicionales. No comprendió que para entonces ya resultaba imposible lograr para la Iglesia la protección oficial del Estado y al mismo tiempo conservar la libertad que tanto le preocupaba. Para la jerarquía eclesiástica de esta época el liberalismo era la encarnación de todas las herejías. Al confundir los valores positivos, incluyendo al humanismo, con los negativos perdieron toda perspectiva histórica. Como reacción la Iglesia se replegó encerrándose detrás de sus muros sin atreverse a ver más allá. Los jesuitas en un exceso de fidelidad al Vaticano se pusieron a la cabeza de la cruzada contra el liberalismo. En verdad, ellos fueron, en parte, responsables de la confusión predominante en las altas esferas eclesiásticas vaticanas.

La ideología reaccionaria de los jesuitas centroamericanos se tradujo en una notable participación en las polémicas interminables y tediosas contra los teóricos del liberalismo. En esta línea, los jesuitas no dieron descanso a los liberales cumpliendo hasta sus últimas consecuencias las consignas emanadas del Vaticano. Indudablemente, los jesuitas resultaron contrincantes difíciles.

No obstante su participación tenaz en la lucha

ideológica, los jesuitas nunca conspiraron contra el poder establecido. Todo lo contrario, la evidencia disponible indica que fueron extremadamente fieles a las autoridades civiles y militares constituídas. Mientras tanto, a otro nivel, los jesuitas desarrollaron una impresionante labor pastoral en todo el país, penetrando en regiones donde en decenas de años no habían visto un sacerdote. Imposibilitados de abrir un colegio, se dedicaron con admirable entrega y generosidad a sus ministerios, es decir, a predicar, administrar sacramentos y dar esperanza al pueblo. La mayor parte del personal jesuítico se empleó en esta tarea. De ahí que no sea extraño que encontraran gran aceptación y despertaran simpatías. La popularidad de los jesuitas actuó como freno impidiendo a los liberales exaltados realizar sus planes inmediatamente.

Las renovadas presiones del gobierno de Guatemala forzaron la expulsión la cual se ejecutó de manera autoritaria y en oposición al sentir popular. No debe causar admiración que la expulsión haya estado bajo responsabilidad de una administración conservadora. Supuestamente el partido conservador se confesaba católico y defendía al catolicismo como religión oficial del Estado. Interpretar este período de la historia en términos de afiliaciones partidarias conservadoras y liberales sólo produce confusión y ofrece una explicación superficial.

Las luchas de esta época histórica no fueron resultado de un conflicto entre dos partidos políticos, sino una lucha entre dos concepciones diferentes del mundo y sus correspondientes opciones políticas. Más allá del discurso ideológico fácil los límites entre liberal y conservador eran muy fluidos y las fidelidades bastante dudosas. Así tenemos que una administración conservadora confesionalmente católica haya hostilizado y acabara expulsando a los jesuitas del país. El mismo presidente Zavala era miembro del partido conservador, pero gozaba de amplias simpatías entre algunos círculos liberales. Tanta simpatía tenían los liberales por él que pensaron en llevarlo de candidato presidencial contra P. J. Chamorro. Zavala, calculando mejor sus posibilidades políticas, rechazó la designación.

Las dos diferentes cosmovisiones se dieron dentro de la oligarquía cuya base social eran las grandes haciendas ganaderas. La terminología libero-conservadora sirvió admirablemente para recubrir ideo-

lógicamente esta lucha intra-oligárquica. Las afiliaciones ideológicas cruzaban no sólo verticalmente al cuerpo social, también tenían un elevado carácter trasnacional. Los jefes liberales guatemaltecos se identificaban más con los liberales nicaragüenses que con el resto de sus compatriotas. Lo mismo los nicaragüenses, primero y sobre todo eran liberales, y después nicaragüenses. La solidaridad de los caudillos conservadores no fue menor, aunque un poco más limitada. Este internacionalismo ideológico permitió que líderes militares y caudillos políticos de un país actuaran impunemente en otros. De ahí la solicitud de los círculos liberales nicaragüenses ante las pretensiones de sus co-

legas guatemaltecos.

En consecuencia, el asunto jesuitas no podía limitarse a un determinado país centroamericano, sino que rebasaba sus fronteras comprometiendo a uno y otro estado. De la misma manera que los liberales de Guatemala se sentían en su derecho al exigir la expulsión de los jesuitas de Nicaragua, el gobierno de este país estaba igualmente forzado a oír tales exigencias y a cumplirlas cabalmente. Los enemigos de los jesuitas se encontraban en estos reducidos círculos liberales que monopolizaban la idea de libertad y progreso. Los más fanáticos se encontraban en Rivas y en Granada.

NOTAS

1. Rafael Pérez, **La Compañía de Jesús en Colombia y Centro América después de su restauración. Tercera Parte. Desde la segunda expulsión de la Nueva Granada en 1861 hasta la de Guatemala el año de 1871**. Valladolid: Imprenta Castellana, 1898; p 253. De ahora en adelante Pérez,
2. Ibid., 255.
3. Ibid., 256.
4. Ibid., 257.
5. Esteban Escobar, "Biografía del General Pedro Joaquín Chamorro", **Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano**, XIX (mayo 1968), 92, 17.
6. Ibid.
7. Franco Cerutti, "Historia de la Compañía de Jesús en Nicaragua. (1873-1875)", **Revista del Pensamiento Centroamericano**, XXXII (Julio-Septiembre 1977), 156, 120-143.
8. Pérez, 331.
9. Vicente Cuadra a P. J. Chamorro, 3 de febrero de 1874, en Esteban Escobar, "Biografía del General Pedro Joaquín Chamorro", **Revista Conservadora del pensamiento Centroamericano**, XIX (mayo 1968) 92, 19.
10. P. J. Chamorro a Vicente Cuadra, Londres 16 de marzo de 1874, Ibid., 19-20.
11. Cfr. Franco Cerutti, "Historia de la Compañía de Jesús en Nicaragua. (1873-1875)", **Revista del Pensamiento Centroamericano**, XXXII (Julio-Septiembre 1977) 156, 131.
12. Ibid.
13. Manuel Gil al P. San Román, Fiesole, 19 de abril de 1875, en Pérez, 383. Esta carta fue recibida por su destinatario en León el 9 de junio.
14. Manuel Gil a Ildefonso Albores, 9 de agosto de 1875, Ibid., 384.
15. Esteban Escobar, "Biografía del General Pedro Joaquín Chamorro", **Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano**, XIX (Mayo 1968), 92, 27.
16. Aparentemente en esa misión iba Enrique Guzmán, pero esto no parece posible porque en ese entonces Guzmán estaba exilado y conspirando contra el presidente Chamorro. Probablemente la misión la integraron miembros del círculo de Carnevallini. Cfr. Franco Cerutti, "Historia de la Compañía de Jesús en Nicaragua. (1873-1875)", **Revista del Pensamiento Centroamericano**, XXXII (Julio-Septiembre 1977) 156, 120 y ss.
17. El artículo 80 decía que ningún poder tenía facultad para anular en la sustancia ni en los efectos, los actos públicos y privados que no sean prohibidos por una ley preexistente.
18. **Los Jesuitas Impugnados por el Señor Doctor D. Lo-**

-
- renzo Montúfar y Defendidos por el P. P. León Tornero de la C. de J., Biobanda: Imprenta del Colegio, 1876.
19. Cfr. Franco Cerutti, "Historia de la Compañía de Jesús en Nicaragua. (1876-1880)", **Revista del Pensamiento Centroamericano**, XXXII (Octubre-Diciembre 1977), 157, 101-110.
20. Ibid.
21. Ibid.
22. Esteban Escobar, "Biografía del General Pedro Joaquín Chamorro", **Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano**, XIX (Mayo 1968), 92, 27.
23. Enrique Guzmán, **Las Gacetillas. 1878-1884. Introducción y Notas de Franco Cerutti**, Managua: Banco de América, 1975, nota 8, 168.
24. Felipe Cardella, **La Corona Fúnebre y los Padres de la Compañía de Jesús Residentes en Granada**, León: Imprenta del Istmo, Mayo 1878.
25. Enrique Guzmán, **Las Gacetillas. 1878-1894. Introducción y Notas de Franco Cerutti**, Managua: Banco de América, 1975, 41.
26. Felipe Cardella, **Algo Más de Luz Para Las Personas de Buena Voluntad**, León: Imprenta del Istmo, Mayo 1878.
27. Enrique Guzmán, **Las Gacetillas. 1878-1894. Introducción y Notas de Franco Cerrutti**, Managua: Banco de América, 1975, 82.
28. Felipe Cardella, **Nuevos Rayos de Luz Para Las Personas Que Quieren Ver**, León: Imprenta del Istmo, 1879.
29. Enrique Guzmán, **Las Gacetillas. 1878-1894. Introducción y Notas de Franco Cerutti**, Managua: Banco de América, 1975, nota 3, 168.
30. Cfr. Ibid.
-